



## Una ventana al RAJASTÁN

CÉSAR ANTONIO SOTELO<sup>1</sup>

*Facultad de Filosofía y Letras/Universidad Autónoma de Chihuahua*

*A Joan*

**A**l anunciarse la mañana, la ventana abierta deposita a mis pies los colores, sonidos, olores, sabores y texturas del Rajasthan. Igual que antaño las caravanas de la Ruta de la Seda, que recorrieron estos caminos indios labrados en polvo ancestral, dejaban en cada pueblo sus tesoros, así esta ventana me entrega su más preciado cargamento: el palpitante existir de un rincón legendario de la tierra. Y así, al transcurrir el día, cada uno de mis sentidos se empapa de la riqueza de un paisaje exótico y cercano, mientras la memoria de pueblos milenarios revive en la arquitectura, la música, la danza, la pintura y la escultura, manifestaciones todas con las que un

puñado de esforzados seres humanos, que luchan día a día para arrancarle a esta tierra inhóspita el sustento, expresan su fe y su alegría de vivir.

¿Cómo expresar con palabras la explosión cromática que conforma este enorme retazo del complejo tejido que es la India? El lenguaje es pobre para transmitir el olor de los mercados, la bulliciosa vitalidad de las calles, la majestuosa decadencia de los palacios, la suave espiritualidad que flota en los templos... ¿Cómo explicar las paradojas de un país en el que la opulencia y la miseria se entrelazan en paisajes urbanos definidos por vacas, monos y automotores, hermanados con una muchedumbre de hombres y mujeres, niños, jóvenes y viejos, mientras que en las zonas rurales los campos de cultivos son manchas de color que burlan la monótona aridez que satura la vista?





El instante captado por la cámara fotográfica sustituye entonces a la palabra. Irónicamente, la imagen fija, fragmento de existencia suspendida en el tiempo, se convierte en movimiento, en alma, en rumor de princesas prisioneras de serrallos, fragor de batallas y susurros de sedas: cada fotografía es una pieza invaluable de un gran caleidoscopio que en envolvente movimiento va girando y girando para mostrar las incalculables facetas de un país hecho de luz y sentimiento.

Mirando al norte, bañado por las arenas del desierto de Tar, el Rajastán despliega sus joyas centenarias al ritmo del muecín y las campanas. La gran Bikaner, durmiendo en el olvido, con su criadero de camellos y su exótica devoción a las ratas, exhibe su palacio, cuya escalinata de filigrana pétreo es metáfora del silencio de los tiempos. Udaipur, reposando a la vera de su sereno lago fluctuante, luce la blancura de sus galas, rivalizando con la azul Jodhpur, la capital real de la fortaleza encaramada hacia el cielo. Pushkar aún conserva en sus aguas el loto sagrado de Brahma y Jaisalmer, león en reposo, celosamente guarda la entrada al desierto. Alsisar esconde su pobreza tras la riqueza del

pasado que languidece en las paredes de sus ruinosas mansiones, al ritmo de tambores y cantos, y la orgullosa Jaipur eleva el Palacio de los Vientos entre las voces del mercado. Y mientras Kipling entabla un diálogo con el viajero entre las espléndidas ruinas de Chittorgarh, el espíritu de Scherezada se pasea en los fantásticos palacios fantasmales de Fatehpur Sikri.

Trama compleja en donde hilos de oro, plata y seda se mezclan con la lana y el algodón humildes, orfebrería que amalgama zafiros y rubíes con pavorrales y tigres, música ejecutada por múltiples etnias orgullosas de su pasado, una pálida sombra del espíritu del Rajastán queda plasmada en esta serie de imágenes digitales, que son un homenaje a un pueblo que desde hace siglos ha sabido expresar la belleza del desierto en todas sus manifestaciones culturales.

<sup>1</sup> César Antonio Sotelo, doctor en filología hispánica, dramaturgo, crítico literario y cinematográfico, investigador en el campo de la literatura mexicana, maestro de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Chihuahua, es ante todo un viajero. Su recorrido de un mes por el Rajastán le inspiró para crear *Una ventana al Rajastán*, su primera exposición fotográfica. 